

te al corto número de los fieles, y nadie ignora que en el año 33 de la era cristiana había ya setenta discípulos de Jesucristo, quinientos, á quienes apareció el Salvador antes de subir al cielo, ocho mil personas que convirtió S. Pedro en sus dos primeros sermones, y centenares y miles de almas que, merced á la predicación de los apóstoles y de sus discípulos, entraban en el gremio de la Iglesia. Y todos éstos ¿eran pocos fieles? ¿No habría entre tantos quienes, renunciando al siglo, se consagrasen al estado sacerdotal, mayormente en aquellos tiempos de fervor de que gozaban todos los cristianos?

Á contar del tercer siglo inclusive, vemos que un santo Padre, dos Pontífices y un Concilio, nombran las órdenes menores. S. Cipriano hace mención en sus cartas de los lectores, (1) exorcistas (2) y acólitos (3). Eusebio afirma que en tiempo de S. Cornelio papa, (según se desprende de una carta de este Pontífice) (4) había en Roma 46 presbíteros, prepósitos de otras tantas parroquias, 7 diáconos, 7 subdiáconos, 42 acólitos, 42 exorcistas y varios lectores y ostiarios. Estas mismas órdenes, con la de los cantores, enumera el Concilio IV de Cartago; y finalmente S. Silvestre estableció el siguiente orden jerárquico en los ministros eclesiásticos: «El que desee militar en la Iglesia—dice el libro Pontifical—.... debe ser primero portero, después lector, exorcista, acólito, subdiácono, guardián de las confesiones de los mártires, diácono y sacerdote, para elevarse de esta manera al orden episcopal».

Veamos ahora las funciones respectivas de las órdenes menores. Empezando por la superior que es el acolitado, nombre que significa compañerismo, observamos que antiguamente estos ministros entregaban á los diáconos los vasos sagrados, llevaban la patena, la sábana ó lienzo, los saquitos y el crisma ante el Pontífice; conducían á su presencia el agua para que se lavase las manos, y lienzo blanco para

- (1) Epist. 24, XXXIII.
 (2) Epist. 78.
 (3) Epist. 42 y 55.
 (4) Epist. ad Fabian.

que las limpiase; llevaban también la Eucaristía á los ausentes y los eulogios ó restos de pan consagrado. Estos oficios tenían en Roma; mas en el África se reducían á encender las velas y presentar el vino para el Sacrificio. En nuestros días, según prescribe el pontifical Romano, deben llevar los ciriales, encender los cirios de la Iglesia y servir el agua y el vino para el santo Sacrificio. Los acólitos se subdividían en Roma en estacionarios, basilicarios ó palatinos y regionarios. Los primeros servían al Papa en las Iglesias en que había estaciones; los segundos le asistían en su palacio y en la basílica de Letrán; y los últimos ayudaban á los diáconos en las regiones ó distritos de la ciudad. También hubo un tiempo en que había un archiacólito que presidía á algunos de su orden, al modo que los arcedianos á los diáconos y los arciprestes á los presbíteros.

55. Los exorcistas, ministros inmediatos á los acólitos, pero inferiores á éstos, tienen el oficio de arrojar los demonios de los cuerpos, según lo practicaron Jesús Nuestro Señor y los apóstoles. Los había antiguamente de dos clases: unos que recibían esta potestad inmediatamente de lo alto, porque así se dignaba Dios concederla y otros que la obtenían mediante la ordenación. En los primitivos tiempos había innumerables personas dominadas del espíritu maligno; muchas pertenecían al pueblo judáico, pero las en mayor número eran del gentílico; no nos incumbe referir los efectos de esas posesiones diabólicas, pero sí diré que el que las padecía experimentaba tormentos inenarrables. Aunque ajenos á nuestra Religión, no obstante sentían cierta alegría al ver á los exorcistas cristianos que en el nombre del Señor les imponían las manos y, ordenando al infernal espíritu que saliese de aquellos inmundos cuerpos, éste obedecía inmediatamente. Muchos santos ilustraron en la antigüedad el cielo de la Iglesia ejerciendo el ministerio de exorcista, tales como S. Pedro, compañero de martirio de S. Marcelino, bajo el emperador Diocleciano, S. Félix de Nola, S. Martín, ordenado de exorcista por S. Hilario, y otros.

Tenían estos ministros de la Iglesia además otros oficios

que desempeñar, como el de mandar que los que no comulgaren diesen lugar á los que se llegaban á recibir el Santo Sacramento, y el de administrar agua en el sacrificio á la manera que los acólitos. En nuestros días su principal misión, ó sea la de *exorcista*, está pendiente de la voluntad del Ordinario; por manera, que ningún ministro de la Iglesia, ni aun el presbítero, puede conjurar á un energúmeno sin obtener antes licencia de su prelado.

56. Viene en tercer lugar el lector. Era éste un cargo muy ilustre en la Iglesia, pues tenía por objeto leer en ella las sagradas Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, comprendiendo en estas últimas el Evangelio que era leído por los Lectores en el África y en España, mas de ningún modo en la Iglesia griega. Leían también delante del Obispo el trozo de Sagrada Escritura que éste quería exponer al pueblo. Instruían á los catecúmenos en los rudimentos de la fe, bendecían el pan y los nuevos frutos, y finalmente, desempeñaban el oficio de los vicarios de coro de nuestros días, ordenando cantar en la iglesia á los salmistas. Entre los griegos, el lector desempeña la mayor parte de estos ministerios juntamente con los del acólito, pues, según dijimos, aquéllos no tienen como órdenes menores, más que al subdiaconado y al lectorado.

Con frecuencia se ordenaba de este grado á niños y jóvenes. Ejemplos tenemos de los primeros á S. Epifanio, obispo de Pavía, que lo fué á los ocho años, y S. Félix de Nola; y de los segundos, al papa S. Dámaso, ordenado de lector á los trece años para cumplir su oficio en la basílica de S. Salvador y á Juliano el Apóstata, que lo fué en la Iglesia de Nicomedia. Á fin de instituirles en este ministerio, había escuelas, al frente de las cuales estaba un director llamado Primiciano de la escuela de los cantores.

57. El orden de los ostiarios ó porteros, es el último de los menores. Su oficio consistía en pulsar las campanas, abrir la Iglesia á los fieles y cerrarla á los infieles; procurar que los hombres entrasen en ella por la puerta destinada á su sexo, así como las mujeres por las del suyo; hacer que

se mantuviese entre todos éstos un perfecto silencio; anunciarles en qué día y hora debían celebrarse los divinos oficios y misterios; custodiar los tesoros que encerraba la casa de Dios, y finalmente, abrir el libro al sacerdote que había de predicar, con objeto de que registrase el texto sobre que había de versar la plática ó sermón. Los ostiarios habitaban en una celdilla inmediata á la Iglesia á fin de estar dispuestos á ejercer su cargo con presteza.

Hay que advertir además, que los porteros custodiaban solamente las puertas por donde habían de entrar los hombres, porque las del sexo contrario estaban al cargo de unas virtuosas viudas, de edad madura, llamadas diaconisas, acerca de las cuales diremos cuatro palabras. Á fin de evitar nuestra Madre la Iglesia los temores y aun escándalos que pudieran originarse del trato de los ministros sagrados con las mujeres, respecto á las cosas de la Religión, creyó prudentísimamente instituir una orden ó congregación del sexo diferente, con objeto de que practicasen con las del mismo sexo los ministerios que los diáconos é inferiores ministros ejecutaban con los del suyo: orden que no pertenecía en nada á la jerarquía eclesiástica, ni menos se dirigía á desempeñar las funciones del sacerdocio, según advierte el cardinal Bona (1), ni tendía á él, sino que era como una mera sociedad religiosa instituída por la Iglesia, en la que eran bendecidas de rito particular sus miembros, para los fines mencionados.

Su institución se remonta á los mismos albores de la Esposa del Cordero. S. Pablo (2) habla de las diaconisas, con la circunstancia de que algunas le acompañaban en su predicación. Nadie se escandalice por semejante hecho, ya que es certísimo que las diaconisas eran viudas madres, de edad de cuarenta años por lo menos, casi siempre de sesenta, pues S. Epifanio las llama ancianas y además no fueron casadas más de una vez. Éstos eran los requisitos para que una mujer pudiese ingresar en la sociedad referida, según

(1) Rerum liturgic. lib. I, cap. 35.

(2) Ad Rom. 16, 1.

Tertuliano, incluso el principal entre todos ellos, á saber: el poseer una probada virtud que las acreditara de no sospechosas ante Dios y ante los hombres, aun ante los paganos y judíos.

La fórmula de bendición que se usaba para introducir las en el orden de diaconisas puede verse en Martigny (1).

Sus cargos consistían á más del mencionado, en presidir á las vírgenes y á las viudas cristianas; cuidar de las mujeres pobres y enfermas; instruir á las catecúmenas, acompañar al obispo para el bautismo de las mujeres y asistir, en último término, á las conferencias que daban á las de su sexo, el obispo el presbítero y el diácono.

Como por nuestra propia malicia ó flaqueza, las instituciones humanas, por santas que sean en un principio, no es fácil se conserven en todos tiempos con los primitivos fervores, las diaconisas en el siglo II presumieron desempeñar en la Iglesia el oficio que en el culto pagano practicaban las vestales. Intentaban, además, tocar los vasos sagrados, lo cual, habiendo llegado á noticia del pontífice S. Sotero, corrigió y aun prohibió en absoluto desmanes semejantes. Entre los griegos y sirios se las daba facultades más amplias, llegando éstos últimos, á concederlas, según Morino (2), la recepción del cáliz, de manos del sacerdote y aun en ausencia de éste y de los diáconos, administrar la Eucaristía á sus hermanos en los monasterios, y también á los niños que no habían alcanzado el quinto año de edad. Según Martigny (3), poseen todavía facultad para enjugar y lavar los sagrados vasos. En el resto del Oriente, después del siglo VIII fueron desapareciendo paulatinamente, mientras que en el Occidente en el VI siglo no existían ya.

58. Hemos estudiado el número y dignidad de los ministros de la Iglesia y las funciones que desempeñan, mas no sé si el lector se habrá fijado en la referencia que todos ellos tienen para con la Eucaristía.

(1) Art. diaconisas. (2) De sac. ordin. 6. (3) Ex cere. 10.

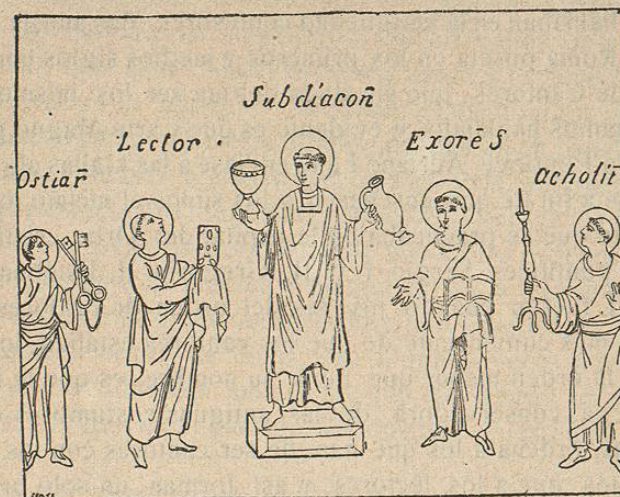
Ascendiendo por el orden jerárquico, observamos que el *ostiario*, el más ínfimo de todos los ministros, abre la Iglesia á fin de que los fieles adoren la Eucaristía y ofrezcan con el sacerdote el santo Sacrificio; tiene sumo cuidado de que se guarde absoluto silencio durante los divinos misterios, con objeto de que se encienda la devoción hacia tan Augusta Majestad que está presente en los mismos. Llegan los *exorcistas* y, adelantándose hacia el sagrario, quédanse entre él y el pueblo y ordenan á los que no han de comulgar que den paso á los que deseen nutrirse del Pan de los Ángeles. Subimos otra grada y encontramos al *lector* que manda á los salmistas entonen al Dios de los ejércitos, presente en el altar, los himnos celestiales, inspirados al rey David, para que el Sacramento Santísimo sea loado y se entusiasmen los corazones de todos con verdadero júbilo; ellos mismos con este objeto leen un trozo de las Sagradas Letras, adecuado á aquellas circunstancias. Á un paso de éstos se hallan los *acólitos* que, después de haber encendido las velas del altar y templo, después de haber preparado los vasos sagrados para entregarlos al subdiácono, y luego de haber ministrado el agua y vino en la Oblación y conducido el agua para que el presbítero purifique sus dedos, toman los ciriales, los sostienen en sus manos durante el Sacrificio, y esperan á que éste se acabe, á fin de recibir la Eucaristía de manos del presbítero para llevarla después á los ausentes. Más arriba y á la izquierda del presbítero encontramos al *subdiácono*, quien, después de haber recibido las oblaciones del pueblo, ofrece al *diácono* el cáliz y la patena. Éste, que se halla en la parte contraria, presenta ambos vasos con vino y pan al sacerdote, extiende los corporales, descubre el cáliz consagrandolo y sirve inmediatamente al venerable *sacerdote*. En medio del altar encontramos á este santo ministro, quien, después de haber dado gracias al Altísimo con humildad profunda, usa de la tremenda potestad concedida, y consagra aquel pan y aquel vino, los cuales en el mismo momento son transformados en el Cuerpo y Sangre preciosísimos del Redentor. Pe-

ro ¿quién hay aún más admirable que el presbítero? ¿Á quién se le ha conferido facultad para consagrar al ministro, para que éste pueda hacer bajar del cielo á Jesucristo? Sobre un trono algo elevado, y bajo precioso dosel, contemplan los ojos cristianos á un anciano, por todos conceptos venerable; es un *obispo*, un apóstol de Dios, que, excediendo en poderío al presbítero, causa lo que éste obra, y da gratuitamente á otros facultad para practicar lo que éste ha ejecutado. ¡Qué jerarquía tan perfecta! Semeja á una cadena de oro, cuyos finos eslabones se hallan adheridos unos á otros tan fuertemente que ninguna fuerza humana los puede desunir. Sus extremos están en contacto con el costado de Jesucristo el uno, y con el corazón de los fieles el otro. Por esta cadena solidísima corre el amor que el Hijo de Dios nos profesa, nos hacemos hijos del cielo, revivimos á la gracia si la hubiéremos perdido, y heredamos la gloria eterna. He ahí cómo el costado de Jesucristo, centro del amor de Dios, sintetizado en la Eucaristía, es el fin del ministerio eclesiástico. Á ella se dirigen todos los órdenes, cual navegables ríos que corren hacia el mar inmenso y vierten en él sus potables aguas. (Fotograbado 17.)

59. Al hablar de la tercera clase de clérigos, que insinuamos en el sumario, á saber: los cantores, martirarios y fosores, ocurre una grave cuestión sobre la que nos vamos á entretener muy poco. Consiste en si estos tres oficios eran ó no en la antigüedad órdenes menores.

Difícil es adherirnos á una ú á otra sentencia, por las razones que gravitan por parte de ambas. La primera afirma que de ningún modo se puede sostener el que estas tres clases de clérigos perteneciesen á la orden cuyo nombre llevan. La razón que en su favor emite el cardenal Wissemán, (1) es que todas las órdenes eclesiásticas se ordenan á la Eucaristía, cosa que no hacen las tres mencionadas. Mas no lo prueba. La segunda sentencia que lleva la parte afirmativa, se funda en testimonios irresistibles; algunos de és-

(1) Fabiola.



Fotograbado 17.

Viñeta de un manuscrito antiquísimo del sacramentario de San Gregorio, conservado en la biblioteca de la Catedral de Autún. Están representados los órdenes menores y el subdiaconado, con los vestidos y atributos peculiares de cada uno.

tos son los mismos que sirven para comprobar que las órdenes menores vienen practicándose en la Iglesia desde sus primitivos tiempos; es decir, desde su principio mismo.

Acerca de los cantores, cuyo oficio consistía en entonar los salmos é himnos, y todas las divinas alabanzas, tanto en el Sacrificio como fuera de él, tenemos á favor de la segunda sentencia al Concilio IV de Cartago, celebrado en el año 398, el cual, al hablar de las órdenes menores, pone en último lugar la de los cantores. Además; todos sabemos la tercera oración que la Santa Iglesia, día de Viernes Santo, hace por los ministros sagrados: «Oremos, dice, por todos los obispos, presbíteros... *confesores*»; los cuales no son otros que los cantores, porque confiesen el nombre de Dios al cantar las alabanzas divinas. Este nombre de *confesores* lo inserta la Iglesia á continuación de los

porteros, como lo hace el Concilio citado; por eso los cantores, se llamaban en la antigüedad confesores. Más aún; la Iglesia de Roma poseía en los primeros y medios siglos una Escuela de Cantores, que sin duda debían ser los mismos de que estamos hablando, y evidente es que Carlo-Magno pidió al Sumo Pontífice Adriano I que enviase á las Galias algunos de ellos á fin de que enseñasen á los suyos el mismo orden de canto que se practicaba en la capital del Orbe cristiano.

Los pontífices Sergio I y II, Gregorio II, Esteban II y Paulo I fueron cuando jóvenes del orden de cantores. La prueba más convincente de que los cantores estaban incluidos en la orden menor que lleva su nombre, es que la Iglesia griega, conservadora de las antiguas costumbres eclesiásticas, ordena á los que han de ser cantores con los mismos ritos que á los lectores, y así forman un solo orden, aunque distinto en el oficio. Los maronitas ordenan á los suyos con distinto rito que á los lectores, por cuyo motivo el grado de cantor sirve de escalón para el de lector. En el siglo XIII existía aún este orden en la Iglesia latina.

60. Acerca de los martirarios, ó clérigos que tenían el cargo de velar sobre las tumbas de los mártires, no precisamente estando en continua vigilancia como estatuas ante los sepulcros, sino teniendo cuidado de que se conservasen decentemente y no fuesen profanados por los gentiles: advierto que eran también contados entre los ordenados de menores. Nada menos que el Pontífice S. Silvestre los colocó sobre los subdiáconos (1) y S. Gregorio Magno fué el primero que los puso sobre la tumba de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo; se les llamó *guardianes* de las confesiones de los mártires, por el oficio que desempeñaban, y *cubicularios* por estar en vela sobre las cámaras sepulcrales de las catacumbas, llamadas *cubicula*.

(1) Véase la pág. 100.—Este es el texto latino de Anastasio el Bibliotecario: Constituit, ut si quis desideraret in Ecclesia militare... ut esset prius ostiarius, deinde lector et postea exorcista per tempora, quæ episcopus statuerit, deinde acolytus annis quinque, *custos martyrum* annis quinque, presbiter annis tribus etc... et sic ad ordinem episcopatus ascendere. In Silvestr.

61. Los fosores ó enterradores estaban designados por la Iglesia para dar sepultura á los cristianos en las catacumbas. Que estos misericordiosos varones perteneciesen á la clericatura lo afirma S. Jerónimo: «Los clérigos, dice, á quienes correspondía este oficio, envuelven en lienzos el sangriento cadáver y, construyendo una hoya con piedras, le preparan su tumba, según la costumbre (1)». Que los fosores perteneciesen á la clericatura de una de las órdenes menores lo asegura la crónica Palatina (2) en la que se lee el grado de fosor después del ostiario y antes del lector.

Resta decir acerca de éstos, que algunas veces subscribieron en los Concilios juntamente con los demás clérigos inferiores, y que en el Código Teodosiano se les llama clérigos.

Por lo expuesto resulta que, es muy probable que estas tres clases de clérigos perteneciesen al orden que lleva su nombre; y aunque es verdad que según la primera sentencia estos órdenes no se refieren directamente á la Eucaristía ó al sacerdocio, su ministro ordinario, no lo es menos que se dirigen indirectamente á ambos; porque los cantores ó salmistas entonan las divinas alabanzas fuera del Sacrificio y aun dentro del mismo, y nadie negará que éste es un oficio que juntamente con el que desempeñan los demás ministros se dirige á la Eucaristía porque forma un todo con el de los otros. Los martirarios guardan y adornan los cuerpos de aquellos justos que un día fueron templos de Cristo Sacramento y que en realidad aun después de muertos poseen dentro de sí el vivífico semen del Sacramento eucarístico que ha de germinar un día para resucitarles á la vida eterna; y los fosores sepultan estos mismos cuerpos, que, como dije, fueron sagrarios de la adorable Eucaristía. Luego no tan del todo dejan de ordenarse á este Sacramento.

Con el tiempo desaparecieron semejantes órdenes, quedando en nuestros tiempos sólo algunos vestigios de los mismos. De los salmistas, han quedado los sochantres de

(1) Epist. ad Inocent.

(2) Colecc. Vatican., lib. 9, pag. 133.

nuestras Iglesias, que son sus sucesores; y de los fosores, tenemos á los sepultureros; mas ninguno de ambos son ordenados para este fin; pues se ha de notar asimismo, que los tres oficios mencionados, correspondientes á las referidas órdenes no fueron universalmente reconocidos; por cuya causa, unida á otras que la Iglesia tocó por sí misma, no se conservan en nuestros días. ¡Ojalá que los sepultureros contemporáneos fuesen clérigos designados por la Iglesia para tal ministerio, ó al menos probados católicos, y no tendríamos la desgracia de ver con tristeza nuestros cementerios cristianos puestos en manos de legos, quizá no católicos, y de la dirección civil que, en general, ha usurpado la jurisdicción eclesiástica sólo por violencia y contra todo derecho!

62. Finalmente, los tonsurados, últimos del ministerio eclesiástico, son clérigos que por el rito que empleó el obispo al tonsurarles, les puso en el gremio del clero; no son ordenados, porque la tonsura no es orden, sino más bien preparación para recibir las órdenes. Algunos la remontan hasta el Príncipe de los apóstoles; pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la costumbre de llevar rasurada la cabeza en forma de corona se remonta al principio de la Iglesia.

CAPÍTULO V

SUMARIO

- 63.** Ornamentos sagrados necesarios para celebrar el Sacrificio.—
64. ¿Se usaron desde los apóstoles?—Sus especies: *Comunes á los obispos, presbíteros y ministros*:—**65.** Ámulo.—**66.** Alba.—
67. Cingulo.—**68.** Manipulo.—**69.** Estola ú Orario.—**70.** Capa pluvial.—*Comunes á los dos primeros*:—**71.** Casulla ó Planeta.—*Comunes á los obispos y ministros*:—**72.** Dalmática.—*Exclusivos de los obispos*:—**73.** Calzas y sandalias.—**74.** Cruz pectoral.—**75.** Túnica; Precintorio; Oral.—**76.** Guantes.—**77.** Anillo.—**78.** Mitra y báculo.—**79.** Palio arzobispal y patriarcal.—**80.** Vestidura sagrada de los clérigos inferiores.—**81.** Colores de los ornamentos sagrados.—**82.** Dónde se custodiaban antiguamente?

63. Si probado está que los hombres se mueven al aprecio y veneración de las personas y objetos por la encantadora hermosura que admiran en ellos; si es cierto que nuestros exteriores sentidos, al contemplar la variada y uniforme pintura de las imágenes, transmiten á los interiores las dulces impresiones que les causaran al mirarlas, sitiéndose como atraídos suavemente hacia ellas; la Iglesia de Jesucristo que, no podía por menos de emplear todos los medios que estuvieran á su alcance para atraer los humanos corazones hacia su divino Esposo, dispuso con celebrada prudencia que su aparato exterior cautivara los ojos de los mortales, á fin de que éstos, transmitiendo al alma las sua-